

parciales, se fueron repitiendo bajo los primeros emires; y si bien reprimidos y castigados, no por eso dejaban de continuar, tomando carácter de suma gravedad bajo el gobierno de Obaid-Aláh-ben-Habháb, hasta el punto de comprometer la dependencia del califato árabe por las victorias de Sofri-Meisara-el-Medghari, y por las de su sucesor Kaled-ben-Hamid-el-Zenati, jefes de la secta llamada de los khonarids, que fueron saludados por califas, obligaron á encerrarse en Cairuan á los árabes despues de una batalla que se apellidó Oukat-el-achraf, por el gran número de guerreros ilustres que perecieron en ella, y fué preciso que pasase desde Egipto con nuevas tropas para restablecer la autoridad de Bagdad, Handaláh-ben-Safuan-el-Kelbi. Batidos los rebeldes cerca de la misma ciudad de Cairuan les ocasionó, segun pretenden los exagerados cronistas, una pérdida de ciento ochenta mil hombres, de los trescientos mil que presentaron sobre el campo, incluso el caudillo Akacha-ben-Eioub-el-Fezari.

Al pasar de los Omiadas á los Abasidas el califato, vióse el Africa, como todo el imperio árabe, dividido en fracciones: participaba por un lado del movimiento hácia España, por el tránsito indispensable á los que procedentes de Asia se dirigian á aquel ponderado dominio, donde un retoño de la dinastía caida levantaba en Córdoba otra monarquía independiente; y por otro, á causa de su contacto con Egipto, sufría la influencia más directa de los soberanos de Bagdad. Esa separacion de los califas de Córdoba y de Oriente mantuvo por algun tiempo al Africa indecisa entre ambos; pero al fin habia de originar tambien su independencia y su reparto interior. El emir Abderrahman fué el primero que se desligó del califa Abu-Djafár-el-Mansur, publicándolo solemnemente en Cairuan; y aunque despues volvieron aquellos países á acatar la antigua soberanía, ya no pudo ser nunca tan

efectiva su accion y se arraigó poco á poco la idea separatista, que llegó á consumarse con el acceso de las dinastías indígenas de los Beni-Edris ó Edrisitas, para reinar en la parte occidental, de los Beni-Aghláb ó Aghlabitas en la oriental, y de los Beni-Rostém hácia el promedio, al cabo de muchos años de revueltas anárquicas y de guerras intestinas.

Descendia el fundador de la primera, Edris-ben-Edris, de Alí y de la hija del Profeta; á pesar de las persecuciones del califa abasida Haroum-el-Raschid, se creó inmensa popularidad entre los bereberes y se proclamó en Tlemesén: sus sucesores ganaron á Céuta, Tánger y todas las antiguas Mauritánias, levantaron para capital la ciudad de Fez el año 807 y cultivando estrecha alianza con los Omiadas de España, les enviaron contingentes para guerrear contra los cristianos.

Ibrahim-ben-Aghláb, primero de su dinastía, se declaró independiente del califato hácia el año 180 de la Hegira (800 de J. C.) en la antigua provincia de Africa (*Afrikiah* ó *Yfriquia*), hallándose en ella de gobernador; y para mejor asegurarse en el poder despues de batir á varios rivales, suprimió tributos, creó un ejército de negros y construyó una fortaleza cerca de Cairuan para establecer el centro de su gobierno. Obedecidos en el país, y firmes respecto al exterior, sus herederos extendieron el dominio á Sicilia enviando desde Susah (Susa) imponente escuadra con diez mil infantes y setecientos ginetes; estableciéronse luego en otros puntos del litoral de Italia; asolaron frecuentemente las costas de Toscana y Nápoles, y hasta amagaron en 847 á Roma, que solo se salvó de una entrada semejante á la de los vándalos por la energía del papa Leon IV.

Las posesiones de los Bení-Rostem, constituidas en Estado de un modo parecido al de las otras dinastias coetáneas, estaban entre los territorios respectivos de éstas,

correspondiendo en gran parte á lo que hoy es la Argelia y teniendo por capital á Tahárt.

Grandes agitaciones movidas por diversos ambiciosos favorecieron en el Magreb el éxito de Abu-Mohamet-Obaid-Aláh, verdadero iniciador de la nueva dinastía de los Fathimitas, que por su pretendido origen directo de la hija del Profeta y por la predicacion severa de la unidad primitiva del Islam, arrastró á su causa una exaltada multitud que le apellidó El-Mahadí ó el guía anunciado en el Corán por los años 908. Cercanos á sucumbir los edrisitas, reclamaron auxilio de los omiadas de España, á quien ellos tantas veces habian socorrido, y pasando el Estrecho numerosas fuerzas de mahometanos andaluces derrotaron al Fathimita, obligándole á larga retirada y arrancándole sus recientes conquistas de Fez, Tlemesen y Tahart; pero ese triunfo, en lugar de servir al protegido, consumó su ruina, pues los vencedores proclamaron en Fez por soberano de todo el Magreb-el-Aksa al Emir de Córdoba, el grande Abderrahman III en 954. Quedaron por esto unidos á los dominios peninsulares los que constituyeron la Mauritania tingitana, y dividida así el Africa entre el sultan español y el fathimista, en dos partes principales, aunque manteniéndose enclavados dentro de ellas varios pequeños estados como el de Meknesáh y el de Achir.

La preponderancia de los fathimitas redujo casi á nulidad á los beni-rostem y áun rebajó á los aghlabitas, no obstante los progresos que éstos alcanzaron en el Mediterráneo en un corto número de años, pues hasta llegaron á saquear á Génova en 933. El contratiempo que aquéllos experimentaron por las armas de los musulmanes en España les quitó la posesion de los territorios de Occidente que acariciaban; pero todavía les quedó bastante para imponer á los otros vecinos. Mas el poderoso Abderrahman, no contento con eso, envió á Africa, pretextando ciertos agravios marítimos, otra expedicion, que fuerte de

veinticinco mil hombres al mando de Ahmét, desembarcó en Orán, emprendió la marcha y batiendo en varios encuentros á cuantos se le opusieron, se presentó á sitiar por mar y tierra á Túnez, ciudad ya considerable por esa época y sucesora de Cartago: redújola á capitular y regresó á España cargado de riquezas, armas y caballos.

Retirado á Cairuan el Fathimita, aprovechó, para poder desquitarse de esa irrupcion, la oportunidad de haber retirado Abderrahman la mayor parte de sus tropas por las atenciones de la Península; y haciendo avanzar con sus fuerzas á Djevár-el-Rumi, derrotó cerca de Tlemesen al que mandaba las del rey de Córdoba, Djali-ben-Mohamet, que pereció en la refriega; amparándose seguidamente (año 960) de Fez, Sigilmesa y otros puntos que por el pronto se sustrajeron del Omiada: mas éste mandó pronto nuevo ejército que al apoyo de Céuta y Tánger penetró por el interior y arrojó en el año siguiente á los fathimitas, restableciendo su autoridad.

Habia tenido tambien el primer fathimita la idea de enseñorearse del Egipto, y aunque no le fué dable conseguirlo por las contrariedades que le ocuparon en Occidente, logró la realizacion su nieto Moaz-el-Dim-Yláh, casi al mismo tiempo que consolidaba en la Yfriquia y en la isla de Cerdeña su dinastía, fundando la ciudad del Cairo (en 972) para capital del Imperio, y dejando constituida en gobierno especial toda la parte de Africa bajo el príncipe Achir Yusef-ben-Zeiri, su más fiel aliado y auxiliar; lo cual sirvió de origen á otra dinastía y separacion, andando el tiempo, á pesar del título de soberanía de los fathimistas y del homenaje que les prestaban los emires africanos.

Encargado Zeiri de proseguir la guerra en Occidente, se valió de la alianza con Hassán, gobernador del Magreb, y ganó á Tlemesen; desde donde (en 979) fué sobre Fez y Sigilmesa; pero Hakêm, sucesor de Abderrahman

el Grande, envió un ejército acaudillado por Gralis, quien reuniendo gran número de bereberes, batió no lejos de Céuta al rebelde Hassán, obligándole á guarecerse en el castillo de las Aguilas y entregarse despues para ser conducido á España. Escapóse luego de Córdoba el prisionero y con auxilio de los fathimitas encendió de nuevo la guerra en Africa, aunque con peor éxito, pues fué cogido y muerto (año 985); su vencedor tranquilizó el país, y envanecido de sus triunfos sin aprender en el ejemplo precedente, intentó á su vez (en 997) alzarse con el Magreb con independenciam de Córdoba; por lo que pasando tropas de España, lo derrotaron y pereció en su huida.

Los herederos del mencionado Yusef-ben-Zeir lucharon en diferentes ocasiones con los fathimitas establecidos en Egipto que querian reivindicar sus derechos de soberanos, de que conservaban como testimonio ó recuerdo la ciudad de Barkah (Barca), y desde la cual, invadiendo la tierra, llegaron á Trípoli y hasta ocuparon momentáneamente á Cairuan (en 1001). Por otro lado los bizantinos, no queriendo todavía renunciar á la esperanza de recobrar las posesiones perdidas de Africa, prepararon en 1008 una grande expedicion marítima que solo pudo conjurar el zeirita Temin ofreciendo crecida suma. Los pisanos habían logrado en 1017 ganar la isla de Cerdeña, y desde ella enviaban de continuo sus buques sobre las costas de Africa y hasta se posesionaron de la punta de Cartago y de Bona. Y por último, los aventureros conquistadores normandos, que dirigiendo sus embarcaciones por el Estrecho de Gibraltar asolaron el litoral de Andalucía y del Magreb, les quitaron tambien en el mismo siglo la Sicilia y cuantos puntos poseían en Italia, haciéndoseles desde entonces muy temibles esos cristianos, no solo en la mar sino en tierra firme.

La primera señal de iniciativa de la Europa cristiana contra el Africa mahometana no tuvo, sin embargo, lugar

hasta 1087, en que reunida una flota por diligencia del Papa Víctor III con contingentes de diversos Estados de Italia, atacó y ganó la ciudad de Mehedía despues de reñida batalla que costó enorme mortandad á los árabes; pero sin duda no entraba en los expedicionarios el pensamiento de conservarla, pues la abandonaron conseguida la victoria, saqueando otras localidades de la costa ántes de regresar á sus puertos.

Tantos golpes, y las discordias interiores, que parece debian acompañar siempre á todas las monarquías africanas, fueron trabajando el reino de los zeiritas y encaminándolo hácia su rápida desaparicion ante el esplendor naciente de la dinastía de los Almoravides (el morabitháh, murabitines ó marabutos, que vale tanto como decir los santones, hombres dados ó consagrados al servicio de Dios) que procedente, como casi todas las musulmanas, de una secta religiosa, y engrandecida primero pacíficamente por el proselitismo entre algunas tribus de Sahara vecinas al Atlántico, pasó luego á empresas guerreras personificada en Abu-Zakaria-Yahia-ben-Omar. Continuó la comenzada obra, cuando falleció, su hermano Abu-Beker, que puso los cimientos á la ciudad de Marruecos; y luego su primo Jusef-ben-Taschfin extendió la propaganda y conquistas, no solo hasta dominar el Magreb-el-Aksa, sino que pasando á España absorbió en la unidad de que se hizo representante los pequeños reinos de Sevilla, Málaga y Granada en 1091, señalando su fama en nuestro suelo con la sangrienta victoria que alcanzó en Zalaka, cerca de Badajoz.

Por muy parecidos medios se levantó más adelante la nueva secta y dinastía Almohade, de que fué iniciador Abu-Abd-Aláh-Mohamet-ben-Tumart, que llegó á sobrepujar en influencia y preponderancia á la Almoravide en gran parte del Africa, siendo declarado en 1121 el verdadero Mahadí de los buenos creyentes. Al morir en 1130

le sucedió Abd-el-Mumen, llamado á ser una de las grandes figuras del islamismo bereber, pues con el título de Emir-el-Mumenin se hizo dueño en poco tiempo de todo el Magreb, incluso las ciudades de Marruecos, Tlemesen y Orán, y en España de las Andalucías, quedando reducidos los almoravides á dominar apenas en las Islas Baleares.

Mientras se verificaban por Occidente estos últimos acontecimientos, otros ocurrían hácia Levante. Los normandos de Sicilia dirigieron una armada de trescientas velas sobre Mehedía y ocuparon á Kasar-Dimas; pero una tempestad dispersó la escuadra y quedó abandonado el destacamento que desembarcó, y que fué hecho prisionero por los árabes. El zeirita de Cairuan, Hacén, pactó con ellos la paz á consecuencia de tal empresa para librarse de otras; y hallándose poco despues (en 1134) sitiado en la misma ciudad de Mehedía por el príncipe soberano de Bugia Yahía-ben-el-Asis-el-Hamadi, pidió socorro á Roger, rey de Sicilia, quien se lo envió al instante y le salvó del peligro; mas éste luego, sin motivo conocido que lo justifique, mandó otra escuadra á posesionarse de la isla de Gerbe (1), donde dejó guarnición de árabes sicilianos, que le eran súbditos fieles, y en 1141, motivando la resolución en la falta de pago de cierto préstamo, amagó á Mehedía y á Trípoli. Lanzado ya Roger en ese camino, se apoderó al año siguiente de Djidjeli y de la isla Kerkena, que pertenecían al Estado de Bugia; y en 1146 de Trípoli, cuyo gobernador, el Haken de Gabes, se declaró su vasallo con todo su territorio. Quiso el Zeirita hacer entonces un esfuerzo y marchó contra Gabes, que recuperó ven-

(1) La isla de Gerbe, Gerba, Djerba ó Gelves, segun la nombraban los españoles, está en las cercanías de lo que se llamó el *Lago Tritonide*, al Sur de la *pequeña Sirta* y casi en contacto con el continente. Mr. de la Croix supone es la *Menic* donde se daba el *Lotus*, que no es otra cosa que el *Axofaiso silvestre* que se dá en abundancia en la Regencia de Túnez, y que parece corresponde al *Rhamnus lotus* de *Lineo*.

ciendo en un encuentro al rebelde Haken que murió en él; mas enviado por Roger el almirante Jorge con tropas de desembarco, tuvo que huir Hacén á refugiarse en Túnez, y los sicilianos entraron en Mehedía, Zouila, Sfakes, Susa, Gafsa y otros muchos lugares ribereños que quedaron á la obediencia y vasallaje de Roger.

A sus progresos en el Magreb y en España añadió Abd-el-Mumen, á la sazón, el pequeño reino de Bugia de que despojó al ya citado Yahía-ben-el-Asis, que fué el postrero de los Beni-Hamád; y esa adquisicion le sirvió de aliciente para ejecutar lo propio con el último zeirita cuando llamado por él para que le auxiliase contra los sicilianos, marchó en 1160 con un ejército, pues se apoderó de Túnez y Cairuan como de Mehedía y de las demás plazas de los sicilianos que no supo proteger poderosamente el rey Guillermo, sucesor de Roger. En seguida declaró unidos al Imperio todos aquellos dominios y á Hacén, como príncipe feudatario, emprendiendo la marcha para regresar á Salé, donde activando los preparativos de otra formidable expedicion, que destinaba á completar la conquista de la península española, le alcanzó la muerte á los treinta y cuatro años de un glorioso reinado.

Viéronse los almohades combatidos algunas veces por el resto de los almoravides en España y las Baleares; vieron arribar á Africa desde Egipto las hordas turcas de Karachuk que ocuparon por algun tiempo á Trípoli; tuvieron que resistir por aquel lado de la Yfriquia algunas insurrecciones de los partidarios de los zeiritas: mas de todo salieron con fortuna, distinguiéndose principalmente el inmediato heredero de Abd-el-Mumen, llamado Abu-Yacub-Yusef-el-Mansur, que reinó veinte y dos años y que fué el vencedor en Alarcos del belicoso Alfonso VIII de Castilla.

La prosperidad y unidad del imperio almohade esperimentó la terrible crisis que marcó el principio de su de-

cadencia y ruina en la gran batalla de las Navas de Tolosa (año de 1212); satisfaccion brillante del mismo vencido monarca cristiano sobre los musulmanes acaudillados por Mohamet-Abu-Abd-Aláh, por sobrenombre El-Naser-li-Yláh, que sufrió la más trascendental derrota en esa jornada que titularon El-Akáb (el castigo), á pesar de las enormes fuerzas que sus propios cronistas declaran haber reunido allí bajo los estandartes islamitas para la guerra santa. Todo el imperio se conmovió por consecuencia del desastre, surgieron despues aspiraciones ambiciosas, levantó la cabeza el espíritu de sedicion y empezaron á desprenderse del lazo de union los estados de la España meridional, las Baleares y la Yfriquia; y todo eso acompañado con revueltas interiores, aportó, años adelante, el hundimiento de la poderosa dinastía Almohade, para que recogiesen su herencia otras tres distintas que se dividieron el Imperio: la de Beni-Merin (los Merinos les llaman nuestros historiadores) en los reinos de Fez, Marruecos y Mekusah; la de Beni-Zian en Tlemesen, y la de Abu-Hafs en Túnez ó sea la Yfriquia.

Pronto trabaron contiendas entre ellas que ensangrataron sus territorios, y vióse Túnez perdida y recuperada varias veces; sin perjuicio de lo cual fué engrandeciéndose y ganando en importancia, mediante á su situacion y á las relaciones de comercio y tratados que hizo con los cristianos de Pisa, Génova, Sicilia, Mallorca y Cataluña.

El merinita Abu-Yusef-Yacub aspiró á restablecer el imperio caido sometiendo á los zianitas; pero atacado en su propio país por el rey de Tlemesen Abu-Said-Osman, desistió por el pronto y se dispuso mejor para caer sobre él más adelante con respetables fuerzas hasta sitiario en la capital durante siete años (1) sin cejar, y logrando por fin ganarla.

(1) En tan prolongada permanencia mandó levantar una poblacion donde tenia su campo, que se llamó *Mansurá*, cuyos muros y minarete, medio arruinados, se ostentan

Entretanto, los adelantos de la reconquista cristiana de España animaron al rey D. Fernando III (el Santo), despues de tomada Sevilla, á proyectar una expedicion contra el vecino continente en 1252; mas su muerte frustró el intento, que tampoco pudo acometer su hijo D. Alonso X, limitándose á enviar algunas galeras á la costa occidental que desembarcaron momentáneamente su gente en Salé.

Con mil disturbios y no pocas luchas mantuviéronse en Túnez los hafsitas extendiendo su mando y administracion por toda la Tripolitana y los distritos del Djerid y de Zab y mucho más relacionados por el comercio con Egipto, Grecia é Italia que los demás Estados africanos; pero esa circunstancia contribuyó á frecuentes querellas con los cristianos y motivó en alguna manera la grande expedicion que en segunda cruzada acaudilló el rey Luis IX de Francia (el Santo) en el año 1270, con numerosa escuadra y ejército. La muerte del Rey sobre las ruinas de Cartago, donde estableció su campo, aceleró el término de la empresa, con un tratado de tregua por quince años, que al espirar se renovó por veinticinco, y con cierto tributo y otras condiciones ventajosas á los cruzados.

Poco despues comenzaron á presentarse en las costas de Africa los buques aragoneses de Conrado Lanza, y en 1282, antes de ir sobre Sicilia el rey D. Pedro III, hizo un desembarco en Coll (Al-Coll), punto situado entre Bona y Bugia, donde habia sido llamado por el hijo del Soberano de Túnez que gobernaba en la última, para que le auxiliase bajo oferta de entregarle el territorio hasta Constantina; pero pasando muchos dias sin encontrar parciales, antes bien teniendo que sostener continuos combates con los naturales de aquellas montañas cercanas, se

todavía en pié y hemos contemplado muchas veces. La torre del minarete se parece algo á la famosa Giralda y dicen que á la de la gran Mezquita de Marruecos.

reembarcó la expedición con rumbo para Sicilia; y posesor luego de aquella isla encomendó otra escuadra á su almirante Roger de Lauria, que en 1284 se apoderó de la de Gerbe, dejándola éste guardada por su cuenta, por concesion del Rey, como principado soberano. Dejó despues el almirante el servicio de Aragon y puso la isla bajo el homenaje del Papa, que otorgó la investidura á su fallecimiento á su hijo y herederos; pero los conatos de rebelion en los indígenas exigieron con frecuencia que acudieran fuertes socorros de Italia y que ocurriesen rudos combates, hasta que Raimundo Montaner los redujo, ó casi exterminó, rechazando tambien á las tropas mandadas de Túnez.

Perteneciendo al reino del moro de Granada la importante plaza de Céuta al empezar el siglo xiv, y estando en guerra con los de Aragon y Castilla, pasó allá con una escuadra el almirante aragonés Gilbert de Castelnuovo, y se apoderó de ella mediante cierto pacto con un emir á quien se la dejó confiada.

Elevado al trono de Túnez en 1313, á consecuencia de una revolucion, el emir Abu-Yahia hizo trégua de catorce años con Montaner y áun obtuvo de él tropas cristianas auxiliares para asegurarse; pero olvidando pronto ese beneficio, ayudó, trascurrido algun tiempo, á los isleños de Gerbe para sacudir la dominacion en 1335, á los cincuenta y un años de la conquista de Roger de Lauria, pereciendo valientemente el gobernador del castillo Pedro de Zaragoza, con muchos aragoneses, en aquella ingrata tierra que tantas víctimas habia de ocasionar todavía á España dos siglos más adelante.

Otra expedición de cristianos se verificó en 1355 contra Trípoli por el almirante genovés Felipe Doria, de órden de su gobierno, más bien para entretener la gente y proporcionarla saqueo que con objeto de conquistarla, pues ganada fácilmente la plaza, segregada á la sazón de

Túnez por rebeldía, vendió su posesion al Scheigk ó Jeque de la isla de Gerbe.

En la imposibilidad de seguir la enumeracion exacta y completa de todas las agitaciones y pequeñas guerras de que fué teatro el Africa en los siglos XII, XIII y XIV, hemos dado razon de las principales ó que más cuadraban á nuestro plan; pero aún merecen citarse otros acontecimientos ántes de terminar esta reseña.

Reinando Abu-Hassán-Alí en Fez y Marruecos, despojó por la fuerza del suyo de Tlemesen al soberano que lo poseia, Abderrahman, así como de lo que habia usurpado á los hafsitas, apoyándose sucesivamente en Bugia, Constantina y Túnez, desoyendo las quejas y reclamaciones de sus legítimos dueños, como hizo dos siglos antes Abd-el-Mumen; mas vencido, cuando ménos lo esperaba, por las trébus levantadas de la comarca de Cairuan, tuvo que retirarse hasta Marruecos, abandonando sus adquisiciones. Desposeido luego por su propio hijo, alzado contra él, recuperó éste en breve tiempo casi todas aquellas conquistas.

A semejanza de lo que acaeció á los almohades por la influencia fatal de la jornada de las Navas de Tolosa, empezaron visiblemente á decaer los merinitas despues del gran desastre que sufrieron en España en la batalla del Salado, viéndose obligados á abandonar en 1358 la posesion de Tlemesen, en que tanto empeño y sacrificios habian empleado, y reduciéndose en más estrechos límites á asegurar la paz del país; cosas que en efecto consiguieron por bastantes años, salvo alguna que otra ligera interrupcion, como la ocasionada por el hafcita Abu-Faris, que desde Túnez acometió hostilidades para reivindicar ciertos territorios y el pequeño reino ó emirato de Bugia.

Por último, al acercarse el término del siglo XIV, año de 1390, tuvo lugar la expedicion de franceses y genove-

ses, bajo el mando del duque de Borbon, contra la ciudad de Africa ó Mehedia, que, tan á menudo se ha visto, sirvió de objetivo á tales empresas por cristianos y musulmanes. Una considerable escuadra condujo y desembarcó al ejército y comenzó el asedio por mar y tierra sin resultado alguno; pues repelido el ataque, sosteniendo continuas alarmas y refriegas con los moros del exterior, y padeciendo bastante por el clima ardiente, se reembarcaron los expedicionarios, regresando á Europa con ánimo de volver á acometer la empresa en mejor época y condicion para asegurarse el éxito.

Toda esta série interminable de disensiones y guerras entre los estados de Africa, y más que eso las expediciones emprendidas contra sus costas por los cristianos en los dos siglos XIII y XIV demuestran perfectamente la decadencia á que habia llegado aquel imperio árabe mahometano y aquellas primeras naciones que se constituyeron en su vasto territorio tan poderosas é imponentes para la Europa en los anteriores; y que las tres dinastías paralelas que sucedieron á los almohades, tocaban ya á su ruina, para desaparecer por completo despues de nuevos fraccionamientos, de interminables revueltas y de sangrientas guerras civiles.

No alcanza nuestro propósito á continuar su narracion, porque acabada de hecho la preponderancia árabe, comenzando con el siglo XV otra cadena de sucesos militares en los que resaltan los llevados á cabo por españoles y portugueses, y notándose desde entonces la intervencion constante de las armas de fuego, que tanto influyó para cambiar la guerra, sería traspasar los límites que nos impusimos; y nunca convendría tratar bajo el mismo método la historia de acontecimientos más cercanos, que requieren ser estudiados y juzgados de otra manera.

Poca utilidad teórico-militar se puede desprender de lo comprendido en esta reseña, pero no obstante, para satis-

facer á nuestra oferta y á la justa curiosidad del lector, debemos dar los relatos y extractos correspondientes segun los cronistas, de algunas de esas guerras y expediciones citadas que nos parecen conducentes á su ilustracion, y que comparados con cuantos van consignados en los capítulos anteriores, ayudarán á formar concepto y á deducir enseñanzas para la especialidad inherente á las guerras de Africa por las analogías y hasta identidades que en ellas se observan.

GUERRA DE LOS BEREBERES.

El gobernador de la Tingitana cometió en el año 740 la imprudencia de exigir á los bereberes un doble tributo, como si no se hubiesen hecho musulmanes, cuando la promesa repetida de que quedarian libres de satisfacerlo, era causa muy principal de la conversion general de ellos (1). Recordando el éxito que en otras ocasiones lograron contra los árabes, y sabiendo que la parte principal de las tropas se había embarcado para una expedicion á Sicilia, se levantaron en armas bajo el mando de Meisara, uno de los más ardientes partidarios de cierta secta mahometana; y apoderándose de Tánger, degüellan al gobernador y á sus árabes y marchan hácia Sus, proclamando su doctrina é insurreccion, que abrazan desde luego todos los demás bereberes con iguales procedimientos y resultado, hasta forzar á evacuar el país en pocos días á los dominadores. Libre así el Magreb, eligieron Califa al valiente Meisara, quien, despues de batir las fuerzas que contra él pasaron de España, tuvo que replegarse y sufrir

(1) Me valgo en este relato de la apreciable obra *Histoire des musulmans d'Espagne* por R. Dozy: tomo I. Leyde, 1861.

grandes pérdidas ante las superiores que en persona llevó contra él Oeba.

Ordenóse que la expedición de Sicilia volviese á Africa; pero sin esperar su llegada, impaciente el gobernador de España, Obaidaláh, de detener el curso de la rebelión, previno á Khálid, su teniente, que no cesára en operar.

En las cercanías de Tánger encontró á los de Meisara, y despues de un combate reñido, pero indeciso, se retiró éste á dicha plaza, donde sus propios soldados le asesinaron, «sea que ya habituados á ver declararse por ellos la victoria estuvieran irritados contra él por no haber entonces triunfado, sea que despues de su elevación el demagogo se hiciera infiel á las doctrinas democráticas de su secta, como aseguran los cronistas árabes; y en ese caso sus correligionarios no hicieron otra cosa que usar su derecho y cumplir un deber, pues su doctrina les ordenaba desposeer y matar, si era preciso, al jefe ó califa que se apartaba de los principios de la secta.»

«Cuando los bereberes hubieron elegido otro jefe, atacaron de nuevo á sus enemigos, y esta vez con mejor resultado: en lo más rudo de la lucha cayó por retaguardia de los árabes el que sustituyó á Meisara con una división, y encontrándose envueltos, huyeron con espantoso desórden: solo Khálid y los nobles que le rodeaban, demasiado altivos para sobrevivir á tal derrota, se precipitaron sobre las filas enemigas, y vendiendo cara la vida, se hacen matar hasta el último. Ese funesto combate, en que pereció lo mejor de la nobleza árabe, tomó el nombre de combate de los nobles.»

Enterado Habíb de lo acontecido, al regresar de Sicilia, no se atrevió ya á intentar nada formal contra los rebeldes; y, en consecuencia, toda aquella parte de Africa quedó abandonada y sin autoridad, pues el mismo Obaidaláh fué depuesto por los árabes.

El califa Hichém encomendó la misión de tomar ven-

ganza y restablecer la obediencia á un general acreditado, llamado Colthoum, con un ejército de veintisiete mil hombres de la Siria y tres mil del Egipto y todas las tropas que habia en Africa, señalando para que le sucediera, en caso de muerte, á su sobrino Baldj y autorizándole para entregar al pillaje cuanto ganase y cortar la cabeza á los sediciosos.

Colthoum llegó á Africa en el verano del año 741, y guiado por dos oficiales prácticos del país, pertenecientes á los omaiyades, se condujeron sus tropas con tal arrogancia y rudeza respecto á los árabes que allí existian, que los habitantes de las ciudades les cerraron las puertas y enviaron aviso de lo que ocurría á Habíb, que permanecía con sus tropas acampado cerca de Táhart; este escribió á Colthoum en queja, advirtiéndole que si no variaban de conducta, emplearía contra ellos las armas; y en su consecuencia, despues de explicaciones satisfactorias, reunieron sus fuerzas para comenzar las operaciones, estando todavía á pique de venir á las manos por nueva querella que se suscitó contra los sirios.

«Fuerte el ejército de setenta mil hombres, avanzó
 »hasta un paraje nombrado Bacdoura ó Nafdoura, donde
 »el de los bereberes les cerró el paso. Viendo que los ene-
 »migos tenían la superioridad numérica, aconsejaron á
 »Colthoum los que le servían de guías, formar un campo
 »atrincherado, evitar batalla y limitarse á saquear las
 »aldeas cercanas por destacamentos de caballería. Quiso
 »Colthoum seguir ese prudente aviso; pero el fogoso Baldj
 »lo rechazó indignado: Guardaos de hacer lo que os aconsejan,
 »le dijo á su tío, y no temais á los bereberes por su número,
 »porque no tienen armas ni ropa. Y con esto decía la verdad,
 »porque no tenían por vestido más que un taparabo y contaban
 »con pocos caballos; pero olvidaba que el entusiasmo religioso
 »y el amor á la libertad duplicarían sus fuerzas. Acostumbrado el general á de-

»jarse influir por su sobrino, aceptó su opinion y le confió
 »el mando de la caballería de Siria para la batalla, dando
 »el de las tropas africanas á Hâroun y á Moghilh, que eran
 »los dos oficiales omaiyades encargados de guiarle, y po-
 »niéndose él mismo á la cabeza de la infantería.

»Baldj comenzó el ataque creyendo que aquella mul-
 »titud desordenada no se sostendria un instante contra
 »su caballería; mas los enemigos encontraron un medio
 »seguro de turbar sus esperanzas, tirando á la cabeza de
 »los caballos sacos rellenos de guijarros, estratagema que
 »fué coronada por el éxito, porque asustados los caballos
 »de los sirios se encabritaron y obligaron á muchos gine-
 »tes á echarse al suelo. Además soltaron contra la infan-
 »tería potros bravíos, poniéndolos rabiosos por medio de
 »odres y pedazos de cuero que les ataron á las colas, de
 »modo que causaron grande desórden en las filas. No
 »obstante eso, intentó Baldj nuevo ataque con unos siete
 »mil de los suyos y logró romper á los bereberes en su
 »carga impetuosa, hasta llegar detrás de su ejército; pero
 »en el acto dieron media vuelta algunos cuerpos para cor-
 »tarle la retirada, mientras los otros combatian á Col-
 »thoum con tanto éxito que, muertos Hâbib, Moghilh y
 »Hâroun, huyeron los árabes de Africa al verse sin sus
 »jefes y estando mal dispuestos con los de Siria. Un sa-
 »blazo le rasgó la cabeza á Colthoum, que resistia aún
 »con la infantería siriaca, y con la mayor sangre fria,
 »dice un testigo ocular, se puso el pellejo en su lugar.
 »Hiriendo á derecha é izquierda recitaba versículos del
 »Corán para estimular el valor de sus compañeros, y les
 »decia: *Dios ha comprado los bienes y personas de los creyen-*
 »*tes para darles en cambio el paraíso: el hombre no muere sino*
 »*por la voluntad de Dios, segun el libro en que consta fijado*
 »*el término de la vida.* Pero cuando fueron muertos los
 »nobles que peleaban á su lado, uno tras otro, y cuando
 »él mismo cayó cubierto de heridas, la derrota se hizo

» completa y terrible, y los bereberes los persiguieron con
 » tal encarnizamiento que, por confesion de los vencidos,
 » una tercera parte del ejército pereció y otra quedó pri-
 » sionera.

» Entre tanto Baldj, separado del grueso del ejército
 » con sus siete mil ginetes, se habia defendido valiente-
 » mente, causando grandes pérdidas á los bereberes; mas
 » siendo éstos demasiado numerosos para contar sus
 » muertos, sobre todo despues de conseguida victoria
 » contra el ejército del tio, se volvian hácia él para des-
 » truirlo en inmensa multitud, no le quedaba otro partido
 » que tomar, y se decidió por salvarse en la huida. El ca-
 » mino de Cairuan que siguieron los otros fugitivos, le es-
 » taba interceptado por los enemigos, y fuéle forzoso ca-
 » minar por el opuesto, perseguido sin descanso por los
 » bereberes, que montaron en los caballos de los contra-
 » rios que habian muerto. Estenuados de fatiga llegaron
 » los ginetes siriacos cerca de Tánger, y no pudiendo pe-
 » netrar en la ciudad, tomaron para Céuta, de cuya plaza
 » se apoderaron y recogieron algunos víveres en la fértil
 » comarca vecina. Cinco ó seis veces quisieron atacarlos
 » allí los bereberes, pero como no sabian dirigir el sitio
 » de una fortaleza y se defendian los sitiados con el valor
 » de la desesperacion, comprendieron que no lograrían
 » rendirla á viva fuerza y resolvieron obligarlos por el
 » hambre, para lo cual asolaron los campos de alrededor
 » hasta formar un desierto de dos jornadas. Los sirios se
 » vieron así reducidos á alimentarse de la carne de sus
 » caballos; pero ese recurso empezaba á faltarles, y si el
 » gobernador de la España continuaba negándoles la asis-
 » tencia que reclamaba su deplorable situacion, pronto
 » sucumbirian por el hambre.»

Abd-el-Melik, que era quien gobernaba la España, se
 vió por fin obligado á auxiliarlos y enviarles buques de
 transporte para pasar el Estrecho, ante la terrible subleva-

cion de los bereberes de la Península, que secundaron el alzamiento de los africanos y desembarcaron en Algeciras hambrientos y en la mayor miseria, quedando por consiguiente dueños enteramente los bereberes de Africa, hasta que más adelante fueron batidos por el nuevo general y ejército enviado de Damasco para restablecer la autoridad del Califa.

INDICACION DE LAS PRIMERAS GUERRAS DE LOS ALMORAVIDES.

Comenzada en la tribu de Gudala la predicacion de nueva secta, en la mayor pureza de la doctrina mahometana, por un maestro llamado Abd-Aláh-ben-Yasim, que habia estudiado siete años todas las ciencias de las famosas escuelas de Andalucía, guerreó primero y se unió y confundió despues con la de Lamtuna, cuyo jefe ó señor Abu-Yahia-Zacaria, quedó de hecho como cabeza y soberano, aunque siempre bajo el consejo y autoridad religiosa de Abd-Aláh.

Oigamos lo que refieren los textos árabes traducidos por D. José Antonio Conde, tocante á la primera empresa militar que llevó á cabo (1).

«Cerca de la Cabila de Lamtuna habia unos montes y »áspera sierra en que moraban ciertos bárbaros que no »tenian religion, á los cuales quiso instruir el Xequé Ab- »dala; pero ellos despreciaron su doctrina, ó no hicieron »caso de sus predicaciones, á los cuales mandó el Xequé »que se hiciese cruda guerra, y la encomendó á los de »Lamtuna sus confinantes, y ellos la hicieron con heróico »valor y constancia.»

«El rey Abu-Zacaria-Yahye salió con mil caballeros

(1) *Historia de la dominacion de los Arabes en España*. Tomo II. Madrid, 1820.

»de Lamtuna contra los bárbaros, y trabó con ellos muy
 »reñida y peligrosa batalla. Eran los Lamtunies gente
 »suelta, ligera y robusta, muy endurecida y acostumbrada
 »á las fatigas y ejercicios de fortaleza, porque vivian en
 »contínuas guerras con estos bárbaros y con otras Cabilas
 »enemigas, y sabian poner sus haces en órden de batalla,
 »y ponian en las primeras almafallas los que tenian lanzas
 »muy largas, que afirmaban en tierra, que era la gente de
 »á pié, y tan fiera, dice Abu-Oveid de Bejer, que no se les
 »vió nunca volver la espalda en las batallas, y que an-
 »tes querian morir en ellas que ceder ni perder un pié de
 »tierra, ni huir por grande y escesiva que fuese la multi-
 »tud de enemigos que les acometia, de suerte que con este
 »valor y deseos de vencer hacian gran matanza en sus
 »contrarios; y así de los bárbaros cayeron más en las al-
 »mafallas de los de á pié, que entre la caballería. En suma
 »los de Lamtuna fueron señores del campo haciendo huir
 »y retirarse con mucho desórden á los berberíes, cuyas
 »tiendas robaron y dividieron entre sí los despojos gana-
 »dos. Costóles harta gente á los Lamtunies esta victoria,
 »y viendo el Xequ Abdala el ánimo y constancia de los
 »de Lamtuna en la pelea, los llamó Murabitines ó Almo-
 »ravides, esto es, hombres de Dios, y espontáneamente
 »dados á su servicio.»

Más adelante, hácia el año 1060, muerto ya Abu-Za-
 caria y retirado Abu-Beker dejando con el mando á Yusef-
 ben-Taxfin en Marruecos, emprendió el someter muchas
 tribus y territorios que aún estaban rebeldes; y para ello,
 viendo que tenia cuarenta mil hombres de guerra, los di-
 vidió «llegando á Wadi-Mulua (rio Muluya) en cinco par-
 »tes, y las repartió en cuatro caudillos.
 »y encargó á cada uno de estos cuatro la alcaidía de cinco
 »mil de su cabila, dándoles instrucciones y ordenanzas
 »para el gobierno de ellos en la guerra.
 »y los demás los acaudillaba en persona; y así en breve

«tiempo, una tribu en pos de otra, y provincia tras provincia, sujuzgó toda la tierra de Almagreb, que todas las cabilas se vinieron á su obediencia y entró en Medina Agmat.»

GUERRAS DE LOS ALMOHADES.

Hacia el año 510 de la Hegira (1116) apareció y empezó su predicacion otro hábil fanático llamado Abd-Aláh, y de sobrenombre conocido y hecho célebre por El-Mehedi; quien por austeridad y compostura, y por el rigor con que reprendia los vicios de la generalidad y de los reyes (como es de fórmula á todos los agitadores y ambiciosos que trabajan para derribar y encumbrarse) conmovió los ánimos, se captó simpatias ó ciega supersticion de los pueblos más ignorantes y se asoció varios jóvenes dispuestos é instruidos por él para sus ulteriores fines, entre los que sobresalia Abd-el-Mumen, destinado por los sucesos á ser una de las grandes figuras de Africa en la edad media.

Despreciadas en un principio esas agitaciones que causaba en las gentes por el soberano almoravide Aly, no pudo despues capturarle cuando supo que sus exhortaciones eran ya de insurreccion. Rodeado de sus más ardientes discípulos y compañeros con las espadas desnudas y seguido de muchedumbres fanatizadas, anduvo errante de sierra en sierra, acrecentando el prestigio y preparando hueste con que pasar de las oraciones y enseñanza del Corán á la guerra abierta de sedicion.

De la tribu masamuda llevaba más de veinte mil hombres, de los cuales, escogiendo diez mil valientes y poniéndolos bajo Muhamad-Albaxir, tomando por enseña una bandera blanca, pasó con ellos á Medina Agmat.

«Cuando esto supo el Amir Aly (1), que estaba en España, vino luego á Africa, y envió contra ellos un ejército de los Almoravides, que encargó al Walí de Suz Abu Bekir de Lamtuna, el cual fué á buscar al rebelde y alborotador Mehedí, pensando que de una vez acabaria con sus imposturas y escándalos; pero informado de la infinita chusma que le seguía de las Cabilas de Herga, Tímál, Hinteta, Gidmiina y Hescura, que todas son tribus y familias diferentes de Berberíes, y del orden y disposición de guerra que traian, temió el pelear con ellos y se retiró, y refirió al Rey lo que pasaba: que el Mehedí no venia seguido de sola gente mezquina y allegadiza, sino de bien ordenadas banderas de combatientes, que á cada diez hombres de guerra tenia un cabo ú Almocaden que los dirigia, bien repartida la caballería, y los tiradores y ballesteros con muchos caudillos esforzados, dispuestos á morir en defensa de su Yman. Entonces el Rey Aly mandó allegar más tropas, y que unidas á las que tenia Abu-Bekir, y acaudilladas todas por su hermano Abu-Yshac-Ybrahim fuesen en busca de los rebeldes. Encontráronse en batalla campal, y estando los ejércitos en orden de batalla unos enfrente de otros y á punto de acometerse, no se sabe por qué súbito temor ni qué hubieron de ver los Agemíes y demás caballeros que estaban en la delantera, que todos volvieron brida y huyeron á rienda suelta, desordenando y atropellando á todo lo demás del ejército, que tambien hizo lo mismo, y en un punto quedó el campo desbaratado, de manera que sin pelear quedaron vencidos los del Rey Aly, pero los del Mehedí que los siguieron, ensangrentaron bien sus lanzas en sus espaldas, y mataron muchos de ellos. Se apoderaron del campo y de las riquezas, armas y caballos que traian el tren de pabellones y provision de los Almoravides.»

(1) Continuamos tomando extractos de la citada obra de D. José Antonio Conde.

Otro ejército hizo reunir el rey bajo el mando de Syrben-Musladi, también de Lamtuna, pero fué igualmente destrozado en segunda batalla por los del Mehedí, que desde entonces se llamaron Almohades. Ufano de tales victorias el reformador, seguro ya del prestigio militar y del valor de sus secuaces, dirigió una intimación á los almoravides que terminaba así: «pues es razón cierta, »según la ley de nuestro señor y profeta Mahomad, que »nós tenemos imperio con derecho sobre vosotros, y que »si pagáis este derecho y cumplís esta obligación, tendréis »paz; pero si no, sabed que ayudados del invencible poder de Dios, os haremos guerra, matándoos y destruyendo vuestras haciendas, hasta borrar del mundo la memoria de vuestro nombre. Quemaremos vuestros pueblos, asolaremos vuestras ciudades, no quedará de vuestras casas ni de vosotros rastro alguno; y sabed que esta carta servirá de disculpa de lo que justamente padeceréis, pues os avisa con tiempo de lo que os conviene, y es bien cierto que se disculpa quien antes avisa. Salud, en cuanto permite la ley que os salude; pero esta no concede ni consiente que os demos salud de amistad.»

Las amenazas contenidas en este escrito, iguales á las que en los tiempos de las dominaciones romana y vándala solían hacerse á los rebeldes africanos, quedaron como de rigurosa costumbre y de efectiva ejecución adoptadas por los musulmanes, bien fuesen árabes ó bereberes; y por esto puede servir la anterior carta de modelo y de razón para los frecuentes y repetidísimos estragos que por ellos mismos ó por los cristianos, cuando llegaron á penetrar en el país, lo han seguido asolando hasta el día. En 1837 decía el general francés Bugeaud en una alocución á los árabes de la provincia de Orán: *No labrareis, no sembrareis ni harán vuestros ganados sin nuestro permiso;* y en 1844, dirigiéndose á los kabilas: *Entraré en vuestras*

montañas, quemaré vuestros pueblos y vuestras mieses, cortaré vuestros árboles frutales, etc., etc.....

Logradas por el Mehedí otras varias victorias con igual facilidad, buscó para su asiento y centro de su nuevo poder la situación de Tinmal, que le pareció acomodada, fortificando á ese fin la ciudad y los cerros que la dominaban; con lo cual quedó muy asegurada, porque solo era posible llegar allí por dificultosos desfiladeros entre riscos, quiebras y derrumbaderos fáciles de defender.

Enviaba desde allí gentes «á correr tierra, y descendían de sus montes como impetuosos torrentes de invierno, y entraban en los campos y pueblos del Rey Aly, haciendo en ellos muertes y continuos robos, rebatos y alboradas.» Tantos daños é inquietudes obligaban al rey á buscar el modo de atajarlos, y solo pudo conseguir, en parte, asegurar la comarca más lastimada, á beneficio de una fortaleza, que por el consejo de cierto andaluz que por salteador de caminos tenia en prision, hizo construir en paraje conveniente, y que guarnecida de escogidos ginetes y flecheros acechaban á los enemigos cuando ejecutaban sus correrías.

Pasados tres años envió El-Mehedí con un ejército á Abu-Muhamad-el-Baxir para ver de ganar á Marruecos; y puesto en fuga el numeroso de los almoravides que le salió al encuentro y presentó batalla, cercó la ciudad. Las salidas y escaramuzas diarias les eran siempre fatales á los sitiados, á pesar de contar con cuarenta mil caballos y muchedumbre innumerable de infantería y ballestería, hasta que adoptaron el plan propuesto por un andaluz, capitán de cien hombres, que dijo les hacia despreciables al enemigo el permanecer encerrados: «Escójanse los tiradores, que muchos hay entre los nuestros de gran destreza, y no sean muchos, que se estorban unos á otros; y éstos vengan puestos entre gente escogida de á caballo,

«y que si como os ruego me concedeis, yo saldré con tres-
 »cientos andaluces y número bueno de tiradores y se verá
 »la razon que tengo. Dióle el Rey licencia y escogió tres-
 »cientos caballeros, y como hubiese visto que los enemi-
 »gos usaban de lanzas muy largas con las cuales herian
 »de más lejos, mandó á los suyos acortarlas y que no tu-
 »viesen más que seis codos de largo cada una. Así dis-
 »puesta su gente, salió contra los enemigos antes del alba,
 »ó no bien entrado el día, acometiólos en su campamento
 »y peleó con ellos de manera que los arredró y acorraló
 »en sus tiendas, y antes del medio día volvieron los suyos
 »con trescientas cabezas de almohades á la ciudad, haz-
 »ña que fué muy aplaudida y puso ánimo en los corazones
 »de los cercados.»

Persuadido el rey, por ése brillante hecho, que no eran
 invencibles los almohades, ordenó otro día (año de 1125)
 que saliera todo el ejército y acometiese al contrario, sien-
 do el resultado una victoria completa en que quedaron
 muertos cuarenta mil masamudas, salvándose apenas cua-
 trocientos; y no hubiera quedado hombre con vida sin el
 amparo del valiente y hábil Abd-el-Mumen que mostró
 un heroismo y admirable constancia para procurar se re-
 tirasen en órden las reliquias de la hueste.

GUERRAS DE ABD-EL-MUMEN.

Muerto El-Mehedí en 1130, despues de conseguidas
 por sus armas otras ventajas que restablecieron el con-
 cepto é influencia perdida en el sitio de Marruecos, ascen-
 dió por su indicacion y por la voluntad de los principales
 caudillos á Yman y á jefe ó soberano de los almohades, el
 que más digno y afamado se habia hecho, Abd-el-Mumen,
 quien muy pronto empezó las operaciones sometiendo por-